

# Voces indígenas en tiempo de pandemia

Francisco M. Gil García

Universidad Complutense de Madrid

Antropología para momentos críticos/10. Museo Nacional de Antropología

Basta con atender a cualquier noticiero, tertulia o rueda de prensa para comprobar que, a estas alturas de la pandemia, todavía no sabemos como nombrarlo: ¿el COVID-19 o la COVID-19?

Algunos pueblos indígenas de la Sierra Nevada de Santa Marta, en Colombia, y otros tantos en la Amazonía, lo tienen mucho más claro que nosotros: lo mejor será no nombrar al virus para no atraerlo. Los yanomami brasileños sospechan si acaso no será una nueva manifestación de Xawarari, el canibalesco espíritu epidémico. Por las dudas, hemos visto a mapuches de Chile, charrúas de Uruguay o koguis de Colombia aplicados en ceremonias para tratar de alejarlo de sus territorios. Especialistas rituales de diferentes pueblos, desde las praderas norteamericanas hasta el sur de los Andes, se han preparado para luchar contra él desde sus propios modelos de salud-enfermedad. Distintos grupos de México, Colombia, Centroamérica, Bolivia y Chile han programado para mayo y junio una serie de conversatorios (virtuales, evidentemente) sobre cosmovisión de los pueblos indígenas ante la pandemia. Arhuacos, barasano y wiwas de Colombia, o mayas de Guatemala, apelan al Buen Vivir y confían en espíritus y plantas contra el virus. *Yatiris* aymaras de El Alto, en La Paz, Bolivia, han diseñado una cabina de desinfección a partir de plantas medicinales. *Identidad, comunidad, inmunidad*, otro seminario virtual, éste organizado por la Coordinadora de las Organizaciones Indígenas de la Cuenca Amazónica. Maneras de vivir. Maneras de pensar. Maneras de actuar.



El pintor panameño Lucio López Kansuet, de etnia guna, retrata a su hija Alison protegida frente a la COVID-19 con elementos de la medicina tradicional: envuelta en hojas de bijao y con una mascarilla confeccionada con hojas de sabbigarda.

© Lucio López Kansuet

En realidad, ésta no es la primera pandemia que enfrentan las poblaciones originarias de América. Gripe, viruela, sarampión, tifus, enfermedades de transmisión sexual, todas ellas las vienen diezmando desde fines del siglo XV. *Huey cocoliztli* (el gran mal, la gran enfermedad) llamaron en lengua nahuatl del centro de México a aquella epidemia que en 1576 desembarcó en Nueva España sin que nadie coincidiera para explicar qué era, de dónde venía, quién la portaba o cómo se contagiaba. Vamos, lo mismito que hoy nos pasa con este coronavirus.

Con los ecos de la COP25 sobre el clima todavía resonando, nos maravilla lo rápido que la Naturaleza se ha recuperado desde que media humanidad está confinada en sus casas. Sin embargo, los saberes indígenas llevan tiempo alertando sobre la necesidad de proteger los bosques tropicales para prevenir enfermedades aún desconocidas. Quizás por eso el pasado 22 de abril, Día Internacional de la Tierra, multitud de voces indígenas pidieron protección ante la multiplicación de formas de despojo y agresión. También pidieron respeto para los derechos de los pueblos. Pero pasa lo que pasa, lo de siempre, que con una pandemia acaparando todas las portadas, ¿a quién le preocupa la deforestación, o que un puñado de *indios* sea desplazado de sus territorios? A quienes sentenciaron que a nuestros mayores no les quedaba otra opción que sacrificarse ante el virus en aras de la supervivencia de la especie, ¿qué les va a importar la muerte de unos *salvajes* en lo profundo de la selva, por mucho que puedan ser los últimos guardianes de conocimientos ancestrales? Pero mejor no menear por esta vez el viejo tema del etnocidio y el genocidio en las Américas. Y tampoco el de las fronteras, para no airear el drama de miles de migrantes en Centroamérica y México que a los ya habituales estigmas del ilegal, del repatriado, del rechazado, suman ahora el de posibles contagiados: nuevos apestados en estos días que esperan la nueva normalidad.

“¡Caramba! ¿Acaso el virus se está llevando por delante también a los indígenas?”, se extrañará alguien. “¡Qué me traigan las estadísticas!”, bramará el escéptico, el político o el polemista de turno. Estadísticas –si las hubiere– probablemente desactualizadas y a todas luces sesgadas. La pandemia está favoreciendo que se lleve la invisibilización de las poblaciones indígenas a un nuevo extremo, pero que el virus les llega, les llega. Por eso, ante los primeros muertos en Panamá, Colombia y Brasil, diversas organizaciones regionales y nacionales de toda Latinoamérica conformaron el 3 de abril la *Plataforma Indígena Regional de Lucha contra el COVID-19*, instando a gobiernos y organismos internacionales a que adopten medidas que consideren a los pueblos indígenas en sus tomas de decisión frente a la pandemia; que se aplique un enfoque intercultural, por usar el palabro. Porque la crisis sanitaria ha desnudado múltiples realidades políticas, sociales, económicas, culturales, espirituales. Está evidenciando situaciones de pobreza, desnutrición, aislamiento, indefensión. También altas tasas de desigualdad y de discriminación estructural. Mujeres indígenas de la sierra de Lima han denunciado que, con la excusa del confinamiento, la policía las persigue y maltrata (más que antes, entiéndase) cuando acuden a los mercados locales a vender sus productos; una protesta que ya se repite demasiado y en demasiados lugares.

La crisis sanitaria va de la mano con la crisis económica, sí, pero es que a las economías informales y de subsistencia las aprieta aún más si cabe. Esta pandemia es clasista y es racista, y ensancha brechas que no queremos mirar de frente. 2020 pasará a los anales como el año de lavarse las manos (higiénica y metafóricamente hablando, que la frase hecha viene aquí al pelo). ¿Pero cómo harán en todas esas comunidades purépechas de la meseta de Michoacán, en México, donde no llega agua corriente, o en aquellas comunidades rivereñas del Coca o el Napo, en Ecuador, donde la llegada del coronavirus coincide con un vertido de petróleo que ha contaminado sus aguas? (Por poner dos

ejemplos de entre muchos posibles). “No tenemos agua, no hay alimentos, la salud [está] intervenida... Mandarnos a encerrar en cuarentena por un virus es mandarnos pal carajo de una vez”, reprobaba un folleto que ha circulado entre comunidades wayuu de La Guajira colombiano-venezolana.

Los indígenas fueron de los primeros en suscribir ese *hashtag* planetario del #QuedateEnCasa. Sus medios de comunicación propios se lanzaron a generar mensajes, en diferentes lenguas originarias, para informar de las medidas de autoprotección y de actuación ante el contagio. Audios y vídeos que las redes sociales han hecho circular casi tan rápido como el propio virus, y que no son sino una llamada de atención sobre la necesidad de aplicar *sus* categorías propias para entender y atender la emergencia. Porque si algo atraviesa el sentir de la mayoría de poblaciones indígenas es que están solas ante la pandemia. Mejor dicho: que (otra vez) las han dejado solas. Por eso hemos visto imágenes de indígenas incorporando mascarillas a sus atuendos tradicionales, pero también blandiendo lanzas para impedir el acceso a sus territorios. Muchos interpelan a los Estados. Algunos apelan al Convenio 169 de la OIT para reclamar su derecho a la autodeterminación. La mayoría simplemente bloquea caminos y blinda sus comunidades, aplicando incluso duras medidas disuasorias contra quienes pretenden burlar el confinamiento, sea para entrar o para salir. Que en Bolivia no se jode, ésa era la consigna de un vídeo doméstico que a fines de marzo se hizo viral por Whatsapp y que mostraba a los miembros de un grupo de autodefensa comunitario empleando sus chicotes para recordar a dos despistados que la cuarentena era obligatoria.

El pasado 8 de mayo las autoridades sanitarias colombianas anunciaban la milagrosa recuperación de un bebé yupak de seis meses tras dos semanas de cuidados intensivos. Quizás por ser un bebé, puede que por ser un indígena, tal vez por ambas dos opciones, el caso se convirtió en luz de esperanza para la nación. Entretanto, para el conjunto de pueblos indígenas de América sigue imponiéndose el claroscuro. Pero, sea como fuere, ellos también entonan ese *Resistiré* que en estos días ha vuelto a las listas de éxitos. Sin esperar aplausos. Más bien, demandando acciones.